

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares . . . 100 pts.
Suscripción: España, un trimestre . 100 »
" Extranjero, " . 150 »

Desorientación arriba

Todo es incertidumbre y desconfianza en los actuales momentos. Ni gobierno, ni oposiciones, ni burguesía tienen orientación sobre los importantes problemas que en la actualidad son objeto de la preocupación general.

Ministerios y cuerpos colegisladores, más que lugares donde se ventilan intereses de carácter general, parecen Lonjas o grandes centros de contratación. Solo una cosa predomina sobre todo: el deseo de enriquecerse. Entre los ministeriales, la política de encrucijada se practica constantemente con objeto de trepar a los puestos más productivos desde los que se pueden repartir sobras de los numerosos yernos y sobrinos de los agraciados. Entre las oposiciones el más vergonzoso servilismo para secundar los planes del gobierno, y varias fracciones, restos de partidos republicanos, que se suman a la monarquía a cambio de un acta, de la tolerancia en un negocio o de otras cosas más inconfesables.

La prensa—¡oh, la prensa!—solicitando dinero contante y sonante del gobierno, que lo concede diligentemente, porque sabe a lo que queda obligado quien recibe favores, y mucho más si son en dinero.

(Como prueba de sinceridad hacemos constar que el periódico *El Socialista* no ha aceptado la generosidad gubernamental).

Hemos llegado a una época en que todo, dignidad, decoro, amor, se ha convertido en materia cotizable y diariamente se sufren terribles decepciones al ver como claudican convicciones e ideas, ante el ansia de dinero que por todas partes se siente.

Parece que la célebre frase ¡enriqueceos! ha sugestionado a la gente y a todas las clases sociales se aprestan a ponerla en práctica, con perjuicio claro está de la clase productora.

Pero ésta ya se ha dado cuenta de la horrible explotación y burla a que la están sometiendo y, cansada de suplicar, adopta una actitud enérgica y ya que los que pueden y deben atenderles desoyen sus palabras, apelan a medios más persuasivos para los sordos que no quieren oír y, según leemos en la prensa del día 2 del corriente, los trabajadores madrileños, que no suelen exaltarse sino por causas muy justificadas, apedrearon varios establecimientos y el automóvil de uno de los ministros.

Y es que la visión de la realidad va penetrando en el espíritu de los trabajadores y ya no confían en promesas, sino en su acción enérgica y revolucionaria.

A esto obedece su decidido propósito de exigir el mejoramiento de sus condiciones de vida, dispuesto a vencer en la lucha que se aproxima. Y que esta lucha es inevitable lo demuestra la burla de que está siendo objeto por

parte de este gobierno de incapacitados, que a falta de energía para imponerse a los grandes acaparadores que se lucran a costa de la miseria del pueblo, o tal vez imposibilitado por las vergonzosas complicidades a que aludió el señor Urzáiz, cree salir del paso con cuatro chistes de mal gusto.

Nosotros siempre creímos que el Gobierno, aunque no fuera más que por espíritu de conservación, daría satisfacciones a las demandas del proletariado organizado, evitando que los ánimos estuvieran exaltados para el 18, fecha anunciada para el paro general, pero esta esperanza se va desvaneciendo al ver la parsimonia con que obra en asuntos tan capitales como la crisis de trabajo y elevación de las subsistencias y, sobre todo, la burla que supone el hacer tanto tiempo que el proyecto de ley de amnistía fué presentado al Congreso, sin que los presos sean libertados.

En esta situación nos encontramos, mientras la Confederación General del Trabajo—y creemos que igual hará la Unión General de Trabajadores—, trabaja activamente para que la anunciada huelga general sea tan imponente, que de una vez y para siempre la personalidad proletaria adquiera la importancia que siempre debió tener y sepan, autoridades y burguesía, que no estamos dispuestos a continuar siendo los eternos explotados, los eternos engañados, los eternos vilipendiados por la casta de los dominadores.

Que el día 18 del corriente sea el punto de partida para las nuevas ofensivas a seguir por los trabajadores, y que al darnos cuenta de nuestra fuerza nos la demos también de nuestra capacidad para resolver nuestros asuntos, lanzando por la borda a los interesados redentores que sin fe en ningún ideal procuran mantenernos adormecidos al arrullo de sus falsos cantos emancipadores.

A la incertidumbre que domina en las diferentes esferas sociales contesta el proletariado con una rotunda afirmación: la de reclamar el puesto que como productor le corresponde en el disfrute de los gozos de la vida.

Seis meses de suplicar son lo bastante para demostrar que los trabajadores no deseaban la lucha y que han agotado todos los medios persuasivos para conseguir ser atendidos.

Si los que debieran atenderlos no lo han hecho, que sufran las consecuencias de su torpeza, puesto que habrán sido los causantes de que se haya llegado a la lucha.

Ellos lo quieren. Que haya unidad en la acción y el triunfo será nuestro.

No hay motivo que justifique el retraimiento, pues a nuestra acción solo llevamos unas cadenas para romper y un mundo que ganar.

Pues bien, todos se equivocan.

La verdad es otra.

¿Quiéres saber amigo lector, por qué se guerra en Europa con saña feroz? Acércate, que te lo diré muy bajito al oído. Se trata de un secreto que conviene no divulgar.

¿Estás atento? Pues oye: Los pueblos de Europa se desangran y empobrecen para enriquecer a Su Majestad J. P. Morgan, emperador de los Estados Unidos de América.

No te sonrías que hablo muy en serio. —Morgan, emperador de una República?...

—¿Por qué no? La República norteamericana es una república de reyes. Hay en ella el Rey del Acero, el del Carbón, el del Hierro, el Rey del Salchichón, el del Cochino, el del Jamón, el de la salsa de tomate... y otros mil más, que sería prolijo enumerar. Reyes por sus millones, que valen más que los blasones. Y por encima de toda esa dorada y deslumbradora realeza del millón, se yergue, orgullosa y dominante la figura imperial de J. P. Morgan.

—¿Pero cómo es posible que las más grandes y civilizadas naciones de Euro-

pa estén en querrela sólo por enriquecer a un hombre?

—Yo no digo que esa sea la intención, pero es el resultado. Atiende y te convencerás. Los datos que siguen los tomo de un periódico americano:

En dos años de guerra, J. P. Morgan, en su importante labor de facilitar armas y municiones para los aliados, ha obtenido una utilidad líquida de cincuenta y seis millones de pesos.

Veintitrés millones por año. Una bonita ganancia. Es de presumir que, por la cuenta que le tiene, Mr. Morgan tratará de que la guerra dure lo más posible. Cada millón de combatientes que patrióticamente se degüellan y dinamitan, representa para Mr. Morgan por lo menos diez millones de pesos de beneficio neto. ¡Que siga el patriótico degüello, para el mayor provecho de S. M. Morgan II, emperador de la Gran República de los Estados Unidos!

PALMIRO DE LIDIA

La Anarquía

III

En la actualidad el gobierno, compuesto de propietarios y de gente de su levocación, se halla a merced en todo de los propietarios mismos, y tanto es así, que los más ricos desdénan con frecuencia formar parte de él. Rotschild no tiene ninguna necesidad de ser diputado ni ministro; bástale tener bajo su dependencia a ministros y diputados.

En bastantes países, el proletariado tiene nominativamente una participación mayor o menor en la designación del gobierno.

Es una concesión que la burguesía ha hecho, bien por valerse del concurso popular en la lucha contra la realeza y la aristocracia, o bien por distraer al pueblo de sus deseos de emancipación dándole una apariencia de soberanía. Mas, lo preveyes o no, la burguesía, cuando por vez primera concedió al pueblo el derecho al voto, la verdad es que tal derecho se ha tornado excesivamente irrisorio y bueno solamente para consolidar el poder de la burguesía, dando a la parte más enérgica del proletariado la ilusoria esperanza de ocupar el poder.

Hasta con el sufragio universal, y puede decir que especialmente por el sufragio universal, el gobierno continúa siendo el siervo y el guardián de la burguesía.

Si otra cosa ocurriera, si el gobierno llegase a serle hostil, si la democracia no pudiese nunca ser más que un fuego fatuo para engañar al pueblo, la burguesía, amenazada en sus intereses, apresuraría a rebelarse, y concentraría toda la fuerza y toda la influencia que se deriva de la posesión de la riqueza, para reducir al gobierno a las funciones de un simple siervo.

En todos los tiempos y en todos los lugares, cualquiera que sea el nombre que tome el gobierno, cualquiera que sea su origen y su organización, su función esencial es siempre explotar y explotar a la masa y defender a los opresores y explotadores; y sus órganos principales, característicos, indispensables, son el gendarme y el recaudador, el soldado y el calabocero, a los cuales se une espontáneamente el mercader de embustes, cura o profesor, pagado y protegido por el gobierno para educar los espíritus y hacerles dóciles al yugo.

Ciertamente que a estas funciones primitivas, a estos órganos esenciales del gobierno, se han agregado en el curso de la historia otras funciones y otros órganos.

Admítase, sin embargo, que no haya habido jamás en un país algo civilizado un gobierno que desempeñase las funciones opresoras y expoliadoras y que no se atribuyese sino a las verdaderamente útiles e indispensables a la vida social. Esto no destruye el hecho de que el gobierno es por naturaleza opresor y expoliador, y que por su origen y su posición, se ve inclinado fatalmente a defender y consolidar la clase dominante; por el contrario, afirmalo y lo grava.

En realidad, el gobierno toma a su

cargo, en más o en menos, la protección de la vida de los ciudadanos contra los ataques directos y brutales; reconoce y legaliza cierto número de derechos y deberes primordiales y usos y costumbres, sin los cuales es imposible vivir en sociedad; organiza y dirige ciertos servicios públicos, como las comunicaciones, la higiene, el reparto de aguas, la bonificación y protección forestal, etc.; funda casas de huérfanos y hospitales y complácese con frecuencia en mostrarse, sólo en apariencia, desde luego, protector del pobre y del débil.

Pero basta observar cómo y por qué causa cumple el gobierno esta misión y desarrolla sus funciones para dar en seguida con la prueba experimental, práctica, de que todo lo que hace se inspira siempre en el espíritu de dominación y tiende a defender, ensanchar y perpetuar sus propios privilegios, así como los de la clase que representa y defiende.

Un gobierno no puede durar mucho tiempo sin ocultar su naturaleza, bajo un pretexto de general utilidad; no puede hacer respetar la vida de los privilegiados sin darse aires de hacer respetar la de todo el mundo; no puede hacer aceptables los privilegios de algunos, sin fingirse guardador de los derechos de todos.

«La ley—dice Kropotkine—y todos los que hicieran la ley, el gobierno, utilizaron los sentimientos sociales del hombre para hacer pasar como preceptos morales, que aceptaban los hombres, lo que era útil a la minoría explotadora y contra lo cual se hubiese aquél rebelado ciertamente en caso contrario»

No puede el gobierno desear que la sociedad se desorganice, porque a él y a la clase dominante le faltaría entonces el material de explotación; no puede consentir que por sí misma se rija, que se gobierne sin intervención oficial, porque en ese caso el pueblo no tardaría en percatarse de que el gobierno sólo sirve para defender a los propietarios, y se apresuraría a desembarazarse del gobierno y de los propietarios.

En la actualidad, frente a las insistentes y amenazadoras reclamaciones del proletariado, los gobiernos tienden a intervenir en las relaciones de obreros y patronos; con lo que procuran desviar el movimiento obrero e impedir, con algunas engañosas reformas, que los pobres se tomen por sí mismos lo que es suyo, esto es, una parte de bien-estar igual a la que todos disfrutan.

Se hace necesario, además, tener en cuenta, por un lado, que los burgueses y propietarios se hallan siempre en guerra unos con otros y tratan de devorarse mutuamente, y, por otra parte, que el gobierno, hijo de la burguesía y siervo protector de ella, tiende, como todo protector y todo siervo, a emanciparse y a dominar a su protegido.

De aquí que el juego de prestidigitación, el tira y afloja, el acto de echar al pueblo contra los conservadores y a los conservadores contra el pueblo, que es de los gobiernos toda la ciencia, sea lo que engañe a las gentes sencillas y perezosas que esperan que la salvación les venga de lo alto.

Con todo esto, la naturaleza del pueblo no cambia. Si se muestra regulador y garantía de los deberes y derechos de cada cual, pervierte el sentimiento de justicia: califica de delito y castiga todo acto que ofende o amenaza los privilegios de los gobernantes y de los propietarios y declara justa, legal, la más feroz explotación de los miserables, el lento y constante asesinato material y moral cometido por los que todo lo poseen en las personas de los que no poseen nada.

Si se mete a enseñar, prohíbe la propaganda de la verdad, y tiende a preparar el cerebro y el corazón de los niños para que lleguen a ser tiranos implacables o dóciles esclavos, según la clase a que pertenezcan. En manos del gobierno, todo se convierte en medio de explotación, tradúcese todo en instituciones de policía, útiles únicamente para tener a raya al pueblo.

Y natural es que así sea. Si la vida de los hombres consiste en la lucha entre los mismos, habrá naturalmente vencidos y vencedores, y el gobierno, que es el premio de la contienda o un medio para asegurarse los vencedores el resultado de la victoria y perpetuarla,

ya se libre el combate en el terreno de la fuerza física e intelectual, o bien en el económico. Y los que en la pelea intervinieran para vencer y asegurarse mejores rendiciones que los otros y conquistar privilegios y dominio, juntamente con el poder, una vez alcanzada la victoria, no harán uso de ella para defender los derechos de los vencidos y fijar límites a sus propias facultades arbitrarias y a las de sus partidarios y amigos.

El gobierno, o como suele decirse el Estado justiciero, moderador de la lucha social, administrador desinteresado de los bienes del público, es una mentira, es una ilusión, es una utopía nunca realizada y nunca realizable.

Si en realidad los intereses de los hombres debieran ser contrarios, si en realidad la lucha entre los hombres fuese ley necesaria de la sociedad humana y la libertad de cada cual tuviese su límite en la libertad de los otros, entonces cada uno trataría de hacer triunfar sus propios intereses sobre los intereses de los demás; cada cual procuraría hacer mayor la libertad propia a expensas de la voluntad del vecino, y existiría el gobierno, no ya porque fuese más o menos útil a la totalidad de los miembros sociales, sino porque los vencedores habrían de asegurarse los frutos de la victoria, sometiendo fuertemente a los vencidos y librarse de la incomodidad de ocuparse constantemente de la defensa, confiando esta labor a los hombres especialmente adiestrados en el arte de gobernar.

Así la humanidad veríase destinada a perecer o agitarse eternamente entre la tiranía de los vencedores y la rebelión de los vencidos.

Afortunadamente el porvenir de la humanidad es más risueño porque es más dulce la ley que la gobierna.

Esta ley es la *Solidaridad*.

E. MALATESTA

TARJETA POSTAL

MIS REBELDIAS

Para un crítico

Porque alguna vez el pesimismo ha invadido momentáneamente mi espíritu de pasajera, odiosa tristeza, soy rebelde.

Porque no puedo contemplar con toda la ecuanimidad de un espíritu las joyas bellas que Natura abraza, soy rebelde.

Porque las morbosas enfermedades morales se han encarnado en el pecho del hombre anulándolo irremisiblemente, soy rebelde.

Porque los males de la Sociedad, de la que soy átomo invisible, sin un bisturi esgrimido por mano maestra y apoyado por componentes, pueden contagiarme, ya que soy susceptible al medio, soy rebelde.

Porque el libre examen de las cosas y los átomos no ha encarnado en el cerebro del hombre, soy rebelde.

Porque en el inmenso océano de las absurdas pasiones humanas se revuelca la degenerada vitalidad hombruna con marcado tintineo, soy rebelde.

Porque no estoy conforme en nada ni con nada de lo que sigue el destino del hombre en este caos de infernal balumba luché, luchó y soy rebelde.

Porque en este medio de perversidad, se corrompe y prostituye el amor, que es fuente de dicha y base del bienestar humano, luché, luchó y sigo siendo rebelde.

Porque el tiempo, que es maestro de todo, ha vuelto niveos mis cabellos y después de cruentas y grandes luchas no he podido ver mis esperanzas convertirse en realidades tangibles por la reducida mentalidad del *hombre cosa*, en el estertor de mis agonías entonaré un himno a las santas rebeldías que tarde o temprano producirán mis anhelados días, que gozarán nuestras futuras generaciones.

Y sepa el *Diógenes* que me criticó, que entre la *necedad* del pesimista y la *candidez* del optimista tiene siempre paso franco la prudencia del hombre recto.

Y sepa, que mi tiempo y mis amores, son para la *idea*; mis odios, para los críticos.

JOSE ARRANZ

El emperador de los E. U. de América

¿Por qué luchan los pueblos de Europa?

Las respuestas pueden ser varias, según la nacionalidad o simpatías del interrogado.

Para defender nuestro suelo de la brutal agresión alemana—dirá un belga o un francés.

—Para restaurar la independencia de Bélgica y abatir el militarismo alemán—afirmará un inglés.

—Para evitar a la Italia irredenta—arguirá un italiano.

—Para castigar a Servia y defendernos de Rusia—asegurará un austriaco.

—Para proteger a Servia y defender nuestros derechos—argumentará un ruso.

—Para ayudar a Austria y de paso engrandecer Alemania a costa del vecino—gritará un pangermanista.

—Porque el Kaiser y Alá lo quisieron—musitará el turco fatalista.

Y así por el estilo los demás beligerantes.